

Homilía Domingo de Ramos – 2011 –
Monasterio de Armenteira – Juan María De La Torre OCSO

Queridos hermanos, con esta proclamación de la pasión, entramos ya de lleno en la gran semana, semana de la liberación. A mí se me ocurre que en estos momentos se nos aplica aquella sentencia de Jesús en el evangelio de Juan: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Él es el camino, pero al mismo tiempo el itinerante de su propio camino. Hemos hecho la procesión, una procesión que culmina como el gran Mesías, el Mesías davídico, pero el Mesías pacífico que entra, quiere entrar en su ciudad, Jerusalén, ciudad de paz.

Y no solamente en Jerusalén, sino en el corazón mismo de Jerusalén, que es el templo, y allí como rey, como Mesías, pero lleva en sí mismo, en su persona, en su doctrina una carga. Es la gran paradoja que contrasta con la mentalidad, evidentemente, de los humanos, de su tiempo y del nuestro.

El evangelio que hemos proclamado ahí fuera en el claustro, culminaba así después de que Jesús entraba en su ciudad, montado en un pollino que era, en el libro de los Jueces, una montura real; hijos y nietos de jueces usaban el pollino como forma de traslado. Al entrar, la gente indignada decía: "Es Jesús el profeta de Nazaret, el que saltaba de Galilea, un galileo". Es el primer desconcierto.

El segundo era precisamente que el Mesías era un Mesías político triunfante. Y el tercero, un Mesías que iba a imponer la violencia contra los dominadores. Ni uno de los tres factores encajaba en la mentalidad de aquellos judíos. Sin embargo, entra en su ciudad y luego de este evangelio que hemos proclamado viene inmediatamente a continuación la purificación del templo.

Aparentemente Jesús se mantiene en una actitud violenta, pero eso hay que leerlo entre paréntesis; esa violencia no expresa más que simbólicamente el juicio escatológico en el núcleo mismo del judaísmo. Jesús, en el Evangelio de Mateo, es el factor... personifica en sí mismo la voluntad de Dios, del que le ha enviado. Y es una voluntad en paz. En el Padre Nuestro nos enseñó: "hágase tu voluntad". Y esto mismo lo lleva él en su propio corazón y sabe que este cumplimiento de su voluntad le va a acarrear su propia muerte.

Cuando entra ya en la ciudad santa, una de las acusaciones dice: "este dijo que iba a destruir el templo". El juicio escatológico que hace Jesús en paz y en serenidad provoca en la mentira una reacción violenta y vemos que toda la ocasión es un tinglado para envolver al que es la verdad, que no se defiende. La verdad por sí misma no necesita defensas externas a ella misma; se defiende a sí misma mediante el silencio y mediante la paz.

Ahí ejerce el juicio escatológico final. No habla todavía el evangelio en la pasión según San Mateo de Resurrección, pero sí de este juicio que se va realizando. Jesús, una vez que está en la cruz, se le pone el título: "Este es el rey de los judíos". Es el rey David, el príncipe de la paz que introduce la paz, la mete por encima de todo, la incrusta en el corazón mismo de Jerusalén, en la ciudad de paz.

Bien, esto no lo podemos ver desde el punto de vista puramente social, externo o histórico, sino social actual e individual y personal de cada uno de nosotros. Cuando Jesús, que es

el camino, la verdad y la vida, que la hacemos nuestra, y en este camino nosotros somos itinerantes de ese mismo camino.

Cuando entramos en la propia ciudadela de nosotros mismos, inmediatamente se revuelve una mentira que tenemos personificada a través de subterfugios, de violencias, de huidas, de un montón de reacciones muy raras. No hay una separación entre lo individual y lo social. "Quítalo, crucifícalo, fuera, fuera, este es un mentiroso" son las reacciones normales que aparecen en el relato de la pasión de Jesús, pero que también implícitamente están en nosotros.

Socialmente se manifiesta; hoy día el cristianismo oficial no tiene buen cartel en absoluto. Lo vemos bajo muchos puntos de vista, se le critica, se le acosa, se le ataca y se procura exterminarlo. Pero el creyente sabe primero que la mentira es ignorancia absoluta, radical. Tenemos que, mediante la verdad en nuestro propio comportamiento como Jesús, hacer de nuestra propia vida una verdad, un camino de verdad que tiene una salida, una proyección hacia afuera.

Las primeras comunidades cristianas, antes del relato de los evangelios, cogían estos relatos de la pasión, que eran unidades aparte autónomas, para estimularse a sí mismos, porque sabían que el núcleo mismo de la fe cristiana está precisamente en el misterio de la Pascua.

Pascua con las dos vertientes: Pascua de la crucifixión, de la Pasión, y Pascua de la Resurrección. Como las dos caras de una misma moneda, inseparables, eran el relato, la palabra que era un signo para vivir su propia fe y su propio compromiso con la verdad. Jesús, todo lo que connota, todo el mensaje de Jesús se reduce en última instancia en un signo interior: Qué es Cristo. Mirándolo yo no digo fríamente, sino mirándolo como la más absoluta verdad.

Cuando quitamos toda referencia externa como un objeto o como un sujeto/objeto fuera de nosotros mismos y no tratamos de imitar sino de vivir, inmediatamente el objeto desaparece y nos introducimos en nosotros mismos. La verdad está en nosotros mismos; tenemos que redimir nuestro propio ser interior.

Y Cristo aparece en este caso y todo su mensaje, como el evangelio de Juan, el evangelio de los signos: un signo para detectar y descubrir en nosotros la fuente de energía que tenemos, la fe conectada con el núcleo de nuestro propio ser.

Y entonces, evidentemente, al evangelio lo hacemos nuestro y a Cristo lo hacemos coetáneo. Llegaremos a vivir: "yo soy el camino, la verdad y la vida". Al final del camino es la experiencia cristiana, experiencia de revelación en el fondo de nosotros mismos. A esto nos invita la Semana Santa en un clima de paz y serenidad, como nos presenta hoy la pasión de Jesús.

Vamos a prepararnos, pues, en la medida de lo posible. Ya lo hemos hecho durante esta cuaresma, pero ahora diría de forma más inmediata, a vivir estos misterios tratando de sobrepasar los signos históricos, de datos, de referencias externas o sacramentales, porque el sacramento también es un signo para entrarnos en el meollo del misterio. Y ahí es donde nos espera la Pascua.